

## Ser docente es un estilo de vida

Mónica García Hernández

Doctora en Pedagogía. Docente de la Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco.  
mgarciah@g.upn.mx

### Primer apunte: dejar huella

Fui hija de un obrero y una costurera. Mis padres me enseñaron el amor por el conocimiento, la importancia de estudiar y el respeto por los profesores. También fui de las niñas que jugaba sola a la escuelita, mis alumnos eran todas mis muñecas y juguetes; una niña que leía y gozaba con la lectura de libros “para grandes”.

Mi interés por la docencia nace marcado, como en el caso de muchos colegas, por maestros que dejaron en mí una huella imborrable. No obstante, el más de medio siglo de este evento en mi vida, recuerdo la emoción que sentí la primera vez que entré a un salón de clases cuando comencé mis estudios de primaria.

El primer año de primaria fue decisivo para querer ser profesora. Gracias a mi increíble maestra Mary fue un deleite ir a la escuela. Aprendí con un cuento de hadas el alfabeto y a escribir: la princesita blanca se escribía y sonaba “a”, la princesita azul se escribía y sonaba “e”, la princesita rosa se escribía y sonaba “i”, la princesita amarilla se escribía y sonaba “u” y la princesita café se escribía y sonaba “o”. Cuando el arquero rojo que se escribía y sonaba “m” se juntaba con la princesita blanca “a” que pedía auxilio ante un peligro, juntos sonaban “ma” y si esta princesita pedía ayuda por segunda vez, entonces se escribía y sonaba “mamá”. Aprendí a sumar, restar, multiplicar y dividir mientras armaba regletas y jugaba con ellas para ganar dulces.

Por otra parte, las experiencias negativas jugaron un papel importante en el deseo de ser profesora. Aquella maestra que pretendía con su regla golpearme por negarme vender dulces, ya que me tocaba disfrutar mi recreo; ese profesor que dudaba de mis capacidades para

---

escribir una buena narración o que aquel que nos forzaba a sentarnos en bancas por orden ascendente de calificaciones, con lo que quedaban discriminados los compañeros que se les asignaban lugares hasta atrás del salón. Con este tipo de conductas, aprendí lo que no quería hacer, si pretendía dedicarme a la enseñanza. Creo que sospechaba que no sólo ésta es centrarse en la impartición de la clase acorde al temario de un programa; sino que también incluye el impacto de nuestra acción en la formación personal del estudiante.

## **Segundo apunte: la elección**

Mi ingreso al Colegio de Ciencias y Humanidades significó una revolución de cómo entender la enseñanza y el aprendizaje. Fui de las generaciones que tuvimos la libertad de cuestionar a nuestros profesores, de entender que educarte vas más allá de las aulas; que hacerse preguntas, investigar y dudar son básicos para la propia formación.

Tal como otros jóvenes, tenía más de un interés sobre la profesión a la que quería dedicarme: particularmente, me gustaba la medicina, la filosofía y la psicología. Siempre me interesó el conocimiento de la persona por sí misma. A mis diecisiete años me preguntaba por las razones que explicaban que un individuo tuviera dificultades para desarrollarse y cómo podría ser apoyado para superarlas; me intrigaba el tipo de preparación requerida para ayudar a que una persona desarrollara sus potencialidades.

Descarté la medicina por centrarse sobre todo en la salud del cuerpo, aunque incluyera la salud mental. Por ello, me incliné hacia la Psicología. No obstante, tampoco me interesaba enfocarme a la parte clínica de la profesión y no me parecía suficiente el enfoque conductual de la acción humana, enfoque en boga por aquellos años. Me enteré que existía una profesión dedicada a la educación: la Pedagogía.

Dudaba entre estudiar Psicología o Pedagogía. Como todo joven en su último año de bachillerato, me preocupaba la decisión que tenía que tomar sobre el futuro de mi vida. Un buen día caminaba por la escuela, cuando de pronto, y a lo lejos, leí un pequeño cartel que decía:

---

“Escoger una profesión es escoger un estilo de vida”. La lectura de este mensaje me tomó por sorpresa, pero me hizo sentido inmediatamente. Trabajar por la educación, dentro o fuera de las aulas era el estilo de vida en el cual me veía desarrollar el resto de mi vida. Me decidí por estudiar Pedagogía.

### **Tercer apunte. Se hace camino al andar**

Una vez que terminé la carrera, mi primer pensamiento fue dar clases. Desde 1985 hasta la actualidad he sido docente.

En un principio y con el ánimo de adquirir experiencia, estaba abierta para experimentar diversas situaciones de trabajo. Ánimo de apertura que perdura en la actualidad.

Las diferentes circunstancias a lo largo de los años me enriquecieron y me hicieron docente. Una cosa fue estar frente a un grupo en una zona urbana marginal, donde el alumno le pasaba el dedo a una alumna sobre su brasier y como insulto le gritaba que ojalá se embarazara para no asistir a la escuela. Muy diferente a lo que viví en Milpa Alta, cuando los alumnos pretendían besarme la mano antes y después de entrar al salón, dada la costumbre de la zona. Otra situación fue convivir con adolescentes que eran hijos de empresarios, quienes su problema era “no tener problemas” y me dejaban claro que mi sueldo de un año equivalía a lo que ellos gastaban en un día. He trabajado en todos los niveles escolares, a excepción del preescolar; en escenarios formales e informales, en modalidad presencial, híbrida y en línea (esto último años antes de la pandemia Covid-19).

En particular, me he interesado y desarrollado como profesora en las universidades públicas desde hace casi cuatro décadas. Me gusta trabajar con la gente joven y con quien le interese formarse en estos escenarios educativos. ¿Por qué los jóvenes? Porque ellos son la sangre nueva de la sociedad y el futuro inmediato. ¿Por qué en las universidades públicas? Porque ellas son los espacios diseñados para el cultivo del pensamiento, la criticidad y la responsabilidad social. Me fascina y soy una convencida sobre la idea de que con dinero del pue-

---

blo te educas y, cuando ejerces la profesión, te corresponde devolver tu trabajo a ese pueblo. Trabajo con orgullo como docente universitaria, esperando retribuir lo que la universidad pública hizo por mí.

#### **Cuarto apunte: Atender lo importante, no lo urgente**

Los años como docente me siguen fortaleciendo, pues las diferentes experiencias nunca acaban. Ha habido momentos de cansancio, desánimo y hasta depresión por la situación crítica interna de deterioro que viven nuestras instituciones a nivel económico, social y cultural. La docencia se ha burocratizado. Me resisto a aceptar que lo prioritario en la docencia universitaria sea el trabajo por el mayor logro de los estímulos monetarios. Es marginal a mis preocupaciones entrarle a la dinámica de juntar el máximo de puntos para la obtención de un buen nivel de estímulos. El amor a la docencia nada tiene que ver con esta carrera por la obtención de dinero como mecanismo que reduce la pauperización del profesor: la burocratización de la profesión ha dejado atrás o en un lejano término al sujeto centro de nuestra razón: el estudiante.

El esfuerzo permanente de desarrollo docente gira en torno a mantenerse como acompañante en el camino de la formación autónoma, liberadora y propositiva del estudiante; de nunca darse por vencido de cumplir esta función formadora; por muy difícil o arduo que sea el grupo y la institución. Es decir, lo importante y no lo accesorio, lo urgente y no lo inmediato es ser ético, congruente y gustoso por trabajar en el propio desarrollo como persona-docente con nuestros alumnos para que ellos sean también mejores estudiantes-personas. Ser mejor persona-docente con ella o él no es sinónimo de maternalismo o parternalismo, sino de espejearles de manera auténtica un modelo de conocimiento, juicio y valores que los guíe en su desarrollo personal y social. Para ello es necesaria mi preparación permanente en todos los ámbitos y dimensiones de mi persona; en el uso de mi creatividad, el mantenimiento del compromiso, el que nunca pierda “los pies en la realidad”, el siempre mantenga los anhelos en los estudiantes con que

trabajo; además de la escucha empática respecto a la problemática que viven nuestros alumnos en el mundo que les toca vivir. Todo esto es más importante ahora, ante la crisis socioemocional que ha provocado la pandemia.

Por otra parte, la interacción cuidadosa y responsable con el estudiante es altamente nutritiva para mí. Siempre habrá aquel estudiante que te cuestione, que dé una opinión diferente, que sea retador, que tenga iniciativa mientras los demás pudieran limitar su aspiración a sólo pasar la materia o cumplir con el rol dictado por lo aprendido en la escuela a lo largo de los años.

### **Quinto apunte: gratitud**

A pesar de los años andados, dudo cansarme de ser docente. Gracias a todos aquellos jóvenes que hemos interactuado en las aulas, ellos han dado sentido a mi acción. Espero que mi trabajo les haya sido útil en sus vidas.

Toda mi vida he sido profesora. Si el tiempo pudiera regresar y tuviera que escoger de nuevo, cuando leí aquel cartel en el bachillerado, volvería a hacer la misma selección.